



IV DOMINGO DE CUARESMA

27 de marzo de 2022

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

El Señor, que dirige nuestros corazones para que amemos a Dios, esté con todos vosotros.
R/ Y con tu Espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

Hermanos, en plena cuaresma, el Cuarto Domingo es el llamado “domingo de la alegría”. La cuaresma no es tristeza: es moderación y esperanza. Y esto está perfectamente reflejado en este domingo. Jesús nos va a narrar la hermosa parábola del Hijo Pródigo, donde asistimos a la manifestación admirable de un Dios cariñoso y tierno, que espera, con los brazos abiertos, la vuelta de todos los hijos alejados. El premio al regreso es una fiesta. La misma que acontece en el cielo cuando un pecador, arrepentido, vuelve a casa.

Con este gozo, damos comienzo a esta celebración. Demos inicio a esta celebración de encuentro con Dios.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

Unidos, en este tiempo de Cuaresma, le pedimos perdón al Señor.

. - Para que descubramos la misericordia del Padre, te decimos:

R/ Señor, ten piedad.

. - Para que convirtamos nuestro corazón al Padre, que es lo propio de un hijo, te decimos:

R/ Cristo, ten piedad.

. - Para que seamos apóstoles de la misericordia en medio del mundo, te decimos:

R/ Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna

ORACIÓN COLECTA

OH, Dios, que, por tu Verbo,
realizas de modo admirable la reconciliación del género humano,
haz que el pueblo cristiano se apresure,
con fe gozosa y entrega diligente,
a celebrar las próximas fiestas pascuales. **R/ Amén.**



LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro de Josué (5, 9a.10-12)

En aquellos días, dijo el Señor a Josué:

- «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto.»

Los hijos de Israel acamparon en Guilgal y celebraron allí la Pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó.

El día siguiente a la Pascua, comieron ya de los productos de la tierra: ese día, panes ácidos y espigas tostadas.

Y desde ese día en que comenzaron a comer de los productos de la tierra, cesó el maná. Los hijos de Israel ya no tuvieron maná, sino que ya aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán. ¡Palabra de Dios!

R/ Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial Sal 33, 2-3.4-5.6-7

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor

R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.

Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.

R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.

El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias.

R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor



Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (5, 17-21)

Hermanos:

Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo.

Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación.

Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación.

Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios.

¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

[Canto del Aleluya]

EVANGELIO:

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (15, 1-3.11-32)

En aquel tiempo, solían acercaron a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo:

- «Ese acoge a los pecadores y come con ellos.»

Jesús les dijo esta parábola:

- «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna."

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que



lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada.

Recapacitando entonces, se dijo:

"Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros. "

Se levantó y vino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos.

Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo".

Pero el padre dijo a sus criados:

"Sacad en seguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado."

Y empezaron a celebrar el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.

Este le contestó:

"Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud."

Él se indignó y no quería entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Entonces él respondió a su padre:

"Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado."



El padre le dijo:

"Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado"».

¡Palabra del Señor! **R/ Gloria a Ti, Señor Jesús.**

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

IV DOMINGO DE CUARESMA–CICLO C - LUCAS (15, 1-3.11-32):

Estamos ya en el cuarto domingo de Cuaresma y la liturgia nos invita a dar un paso más en el camino de nuestra iniciación como cristianos, que se culminará en la celebración de la Pascua. Dos frases de la Palabra de Dios, que hemos escuchado, nos apremian y emocionan. La primera la escribió san Pablo a los de Corinto: «en nombre de Cristo os pedimos que os dejéis reconciliar con Dios»; la segunda la dijo el padre del hijo pródigo al hermano mayor, que no quería festejar la vuelta de su hermano: «hijo, deberías alegrarte porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado». Ambas dan la impresión de que Dios tiene más ganas de perdonar que nosotros de ser perdonados.

Cuando escribió esta carta a los corintios, San Pablo estaba angustiado porque ellos se habían distanciado de él a causa de la reprensión que les hizo en su carta anterior. Los cristianos de Corinto se habían desviado de lo que debe ser la vida de un cristiano y Pablo se lo dijo sin rodeos, pero a ellos les sentó mal. Ahora les apremia a reconciliarse con Dios y con él: «Dejaos reconciliar con Dios», les dice en tono de súplica.

El evangelio nos trae a la memoria la hermosa parábola conocida como “el hijo pródigo”, aunque sería más exacto llamarla “la parábola del padre bueno”. Con ella, Jesús nos dice que el perdón es el regalo que mejor expresa quién es Dios y cómo se comporta con nosotros. Los fariseos y los letrados venían acosando a Jesús por acoger a los que públicamente eran tenidos como pecadores, y Jesús se justificó diciéndoles que él actuaba así porque eso mismo es lo que hace su Padre.

Algunos detalles de la parábola son particularmente significativos: el padre de la parábola espera y acoge a su desconsiderado hijo pequeño. Éste le había reclamado el tercio de la herencia que le correspondía según la ley israelita, pero que no lo podía obtener hasta que muriese su padre; al reclamarlo cuando aún vivía el padre, daba a entender que deseaba la muerte de su padre para hacerse con la herencia. Así es como se distanció de su padre, se fue de casa, malgastó sus bienes y terminó siendo un desgraciado, condenado a cuidar cerdos, animal inmundo para los judíos y signo de la mayor degradación; terminó siendo un porquerizo, oficio despreciable que no le daba ni para comer. La reacción del padre



fue un prodigio de bondad y de perdón. Acogió al hijo y le restituyó los derechos de hijo, siendo que el chaval estaba dispuesto a ser tratado como un criado. Además, el padre se alegró inmensamente por haberlo recuperado con salud y organizó una fiesta.

Sin embargo, la reacción del hermano mayor pone un tono de tristeza en una escena tan gozosa. Éste representaba a los fariseos y letrados, que no veían bien que el perdón de Dios fuera tan generoso y sin condiciones. Ellos, como el hijo mayor, no valoraban lo bueno que había sido el permanecer en la casa del padre, no valoraban el haber sido fieles y, en el fondo, tal vez envidiaban secretamente la vida disoluta del hijo pequeño, sin percatarse de que había sido una vida destructiva. Por eso no comprendió la alegría del padre al haberlo recobrado con vida y no quería entrar en la fiesta.

¿Qué nos dice todo esto? Sobre todo, que Dios es padre misericordioso, que nos acoge con los brazos abiertos en el Sacramento del Perdón. Que, además, tenemos la suerte de seguir en casa, con el Padre, viviendo una vida que no nos destruye, sino que nos dignifica. Y que, como hizo el padre, hemos de estar abiertos a perdonar a nuestros hermanos, viviendo las obras de misericordia y haciendo posible que se cumpla lo que pedimos a Dios cuando rezamos la oración que el mismo Jesús nos enseñó: «Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Estas tres cosas: acudir al Sacramento del Perdón, alegrarnos por haber permanecido en casa con el Padre y estar dispuestos a perdonar a nuestros hermanos son las tareas que la Iglesia nos propone para completar nuestra iniciación cristiana en la presente semana.

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Oremos a Dios nuestro Padre, para que escuche las oraciones de su pueblo que se alegra en la misericordia de Dios:

Repetimos después de cada petición: **Te rogamos, óyenos.**



1.- Por la Iglesia, que ha recibido de Cristo la misión de reconciliar: para que, en medio de las tensiones y dificultades sea fermento de unidad y de paz, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

2.- Por nuestro mundo, dividido por el odio y la guerra: para que sea posible la paz, fruto de la justicia y del amor fraterno, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

3.- Por los que se indignan, como el hijo mayor de la parábola, contra los que perdonan y son perdonados: para que depongan su actitud intransigente y sepan comprender, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

4.- Por nosotros, pecadores, que queremos hacer nuestra la actitud de conversión del hijo menor de la parábola y acogernos a la misericordia y al perdón de Dios: para que valoremos el sacramento de la penitencia y nos preparemos para celebrar nuestra reconciliación con Cristo, oremos: **R/ Te rogamos, óyenos.**

Escucha, Señor, nuestra oración y concédenos vivir cumpliendo tu voluntad.

Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Te bendecimos, Dios Padre, porque Jesucristo, tu Hijo, fue conocido y acusado

como “el que acoge a los pecadores”.

En la parábola del hijo pródigo nos dejó

la mejor y más exacta imagen de tu corazón de Padre

que ama y perdona siempre.



Bendito, seas Señor, porque eres un Dios reconciliador y no nos tratas como merecen nuestros continuos pecados, sino que corres a nuestro encuentro y, como al hijo pródigo, nos colma de amor, ternura, regalos, pan y eucaristía.

Hoy queremos desandar el camino
para descansar al fin en tus brazos,
dejándonos querer por ti;
así rehabilitados,
podremos sentarnos a tu mesa con todos los hermanos.

R/ Amén.

Santa María, Madre de la Iglesia,

R/ Ruega por nosotros.

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor.

R/ Demos gracias a Dios.